

Lluvia que no Cesa

(Luna Hiena)

Hacía ya una eternidad desde que aquella maldita enfermedad lo postrase en la cama, dejándolo aislado con sus pensamientos, castigando minuto a minuto su cordura. Su mente vagaba suspendida en la nada, se perdía en absurdas disquisiciones sin solución aparente, y la simple tarea de calcular el tiempo transcurrido desde que empezara a llover le resultaba un esfuerzo titánico en el que fracasaba una y otra vez: ¿una semana, un mes, toda la vida?

Muchísimo tiempo en cualquier caso.

Semejante diluvio resultaba inaudito en aquella época del año, y más sorprendente aún si se consideraba que habitaban en el páramo, circundados por una tierra de secano donde lo habitual era el castigo de un sol despiadado, un auténtico secarral donde la normalidad dictaba que cualquier temporal, por obstinado que fuere, remitía tarde o temprano para mostrar claros entre las nubes, escampaba al menos durante unos instantes para dar un respiro a los campos. Después de semejante sucesión de jornadas imposibles, en las que un desorientado monzón parecía haber decidido vaciarse sobre sus cabezas, la ilusión por contemplar de nuevo la luz diurna atravesando el vidrio anegado se le antojaba poco menos que una quimera, y ya se conformaba con una pausa en aquel inacabable discurrir de agua que lo desquiciaba hasta minar su propia percepción de las cosas.

—Hora de tomarte la medicina —anunció Flora, su mujer, con voz cansina.

—¡Llevo más de una hora llamándote! —Explotó él al verla llegar, furioso pero sin convicción; en su estado, inerte sobre la cama y sin la voluntad precisa para obligar a sus miembros a obedecerle, a levantarlo, a librarle de aquel lecho repugnante, consciente además de su inoperante condición, de la dependencia total que alzaba a Flora a cotas casi divinas, su reproche surgió de su garganta como un balbuceo quejumbroso que apenas lograba inspirar un amago de lástima.

—Ya sabes que estoy muy ocupada —replicó ella con la misma cantinela de tantas ocasiones idénticas—. Ojalá pudiera quedarme aquí todo el día, haciéndote compañía para que no te aburras, pero tengo que limpiar la casa, ir a comprar al supermercado, cocinar, trabajar...

—Sabes que no me gusta que trabajes —y apartó sus ojos de los de ella, su mirada condescendiente estaba a punto de hacerle irrumpir en uno de sus patéticos accesos de llanto.

Ella se sentó en la cama, a poca distancia de su brazo derecho. Le tendió una pastilla de un poco halagüeño color verdoso y un vaso de agua para que pudiera engullirla.

—Ya te lo he explicado un millón de veces —suspiró cansada—... pero no pasa nada, yo te lo vuelvo a explicar las veces que haga falta, que seguro que piensas que no tengo yo otra cosa mejor que hacer.

Como ya sabes, durante las primeras semanas después de que te tuvieras que pillar la baja no pasamos ningún aprieto económico, porque el seguro cubrió tu sueldo casi al completo. Sin embargo enseguida se les acabó la generosidad, y con el paso del tiempo la paga se está convirtiendo en una miseria que apenas nos llega para comprar el pan por las mañanas —le hablaba como pudiera hacerlo una maestra a su alumno menos avisado—. Por otra parte, casi nos hemos gastado los pocos ahorros que teníamos en médicos y medicinas, así que se puede decir que no andamos sobrados de efectivo. Y dado que tampoco parece evidente que vayas a mejorar pronto, lo más lógico es que mantenga este trabajo.

—Todo es por culpa de esta lluvia del demonio —una lágrima partió por fin de su lacrimal izquierdo para ungir su pómulo primero, para enjugar su barba de muchos días después—. ¿Cuánto hace que llueve? ¿Por qué no escampa de una puñetera vez? Parece como si hubiese pasado un siglo desde la última vez que salió el sol.

—Pues casi —confirmó Flora con gesto resignado—. Ya lleva así cerca de tres meses.

—¡Tres meses! —Una segunda lágrima ahondó en el camino abierto por la primera—. Es imposible, jamás había llovido durante tanto tiempo seguido. ¿Pero por qué no para ya?, estoy seguro de que si viese entrar un solo rayo de sol por la ventana, mejoraría como por arte de magia. Te juro que me conformaría con que saliera el sol diez minutos.

—Sí, ya lo sé, me lo repites todos los días... Pero como no podemos hacer nada contra la lluvia, será mejor que te tomes la pastilla.

—Esas pastillas no sirven para nada —ya su voz no podía más que naufragar, con un triste gorgojeo, entre las lágrimas que brotaban sin pudor alguno de sus ojos.

—Pero te la tienes que tomar, cariño —el tono de voz de Flora se hallaba por el contrario en un término medio entre la dureza necesaria para que le obedeciera y la dulzura

justa para que se sintiera comprendido—. Después de todo, si no te las tomaras, ¿sabe Dios cómo te encontrarías ahora!

Él, sabedor de que cualquier tentativa de insistir en su negativa sería inútil, hizo un esfuerzo para incorporarse y tomar su medicación. El trabajo que le costaba aquel simple movimiento le bastaba para descartar la posibilidad de ponerse en pie. Ella, mientras tanto, se retiró para dirigirse hacia la ventana, por donde el agua seguía discurriendo sin cesar.

—Te voy a bajar la persiana —anunció.

—¡No! —El grito sonó fuerte y autoritario, Flora dio incluso un respingo, asustada por la violencia desplegada en aquel monosílabo, rememorando acaso tiempos no demasiado lejanos, en los que su marido lograba hacerla temblar con un solo manotazo descargado sobre la mesa.

—Pensaba bajarla para que descansases y te sintieras mejor —se excusó ella—. Pasarte todo el día observando cómo llueve solo consigue deprimirte cada vez más.

—No la bajas, por favor —insistió con bastante menos vehemencia, vaciado, como si el grito proferido hubiese agotado sus reservas de energía—. En algún momento tendrá que dejar de llover, y cuando eso pase yo quiero verlo.

—Como quieras, pero en verdad creo que no es bueno para ti —se alejó de la ventana, recogió el vaso de agua y encaminó sus pasos hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—A la cocina. Todavía tengo mil cosas por hacer.

—No me dejes solo. Ni te imaginas el bien que me hace charlar contigo.

La miraba con ojos vidriosos, temeroso ante la soledad que se le avecinaba si no lograba retener a Flora entre aquellas cuatro paredes a las que se habían visto reducidos sus dominios. Ella le sonrió desde la puerta.

—Tengo que preparar el almuerzo, cariño. Te prometo que dentro de un par de horas vuelvo y almorzamos juntos, ¿de acuerdo?

Viró la cara como única respuesta y se sumió en su llanto. Por supuesto que no estaba de acuerdo, estar solo era sin duda lo peor de unas jornadas tumbado en la cama que parecían regodearse en sí mismas, jornadas clónicas en las que la existencia de lunes, jueves o domingos carecían de sentido e importancia. Principio o final de semana pierden su sentido cuando cada día solo es un día de lluvia más.

Cada mañana abría los ojos con la esperanza de ver el sol entrando por su ventana. Sin embargo, lo único que podía ver era una persiana que Flora se empeñaba en bajar en cuanto él se dormía, drogado por las últimas pastillas de la noche, con lo que se tenía que desgañitar

llamando a gritos a su mujer para que izase aquel obstáculo entablillado, mermando su parco bagaje de fuerzas desde primera hora de la mañana.

—¿Por qué no me traes la tele al cuarto? —Le había pedido hacía un par de días a Flora (¿o hacía ya semanas de aquello, o acaso meses?, el tiempo se alongaba y contraía a voluntad dentro de su mente, hasta conseguir que “ayer” o “el año pasado” solo significaran dos maneras distintas de expresar un pasado siempre lejano)

Ella dudó antes de responderle, sopesando la conveniencia de acceder. Cuando por fin contestó, manó henchida de convicción, sin dejar opción al debate.

—¿Estás loco o qué? Ya puestos, te traigo una pistola y te ayudo a pegarte un tiro. ¿Pero es que no sabes la basura que echan por la tele? Es que vamos, si a mí me deja baldada, que no tengo problemas en el coco, ¡imagínate lo que puede hacerte a ti!

Él se enfurruñó y aunó todas sus fuerzas para fulminarla con una mirada de odio. Solo el hecho de que le recordase su enfermedad le enfurecía más aún que ver la persiana bajada cada mañana.

—No todo lo que pongan será una mierda. Podría ver alguna película, una comedia por ejemplo.

—¡Que no! —Flora se mostró inflexible—. Al final acabarías viendo las noticias, y de verdad no creo que pudieras soportarlo. Para que te hagas una idea de cómo andan las cosas por ahí fuera, hay guerras en tres países que no sabía ni que existiesen, la OTAN pretende bombardear de Ceuta para abajo y de Turquía para allá, Israel sigue masacrando palestinos, hay inundaciones en Centroeuropa y terremotos en Sudamérica... ¿Quieres que siga? Y eso si tenemos en cuenta solo el extranjero, porque si empezamos por cómo está el país, no acabo ¡Lo ves!, ya te estoy contando demasiado. Nada, nada, la tele no te la traigo de ninguna manera. Además, ahí tienes la radio para entretenerte, ¿qué más quieres?

En efecto, la radio permanecía encendida durante todo el día, sintonizada en frívolas emisoras en las que la música copaba toda su programación, ajenas por otro lado a cualquier cosa que fuera susceptible de ser noticia, desde las matanzas que según Flora se estaban produciendo en distintos puntos del planeta, hasta las meramente relacionadas con la meteorología, las que pudieran informarle de cuándo iba a cesar aquella lluvia infernal.

—¿Están ocurriendo muchas desgracias en el pueblo? —Le preguntó en otra ocasión.

—No más de las habituales —le respondió ella sin darle mayor importancia a la inusual cuestión, achacando su interés a cierto morbo producido por su estado de ánimo.

—¿Y cómo se las están arreglando con las riadas y escorrentías? —Insistió él, revelando el sendero que había seguido su razonamiento.

—Bueno —Flora no había contado con una duda de aquella índole, con lo que se vio forzada a improvisar—. Es cierto que la lluvia no da un respiro, pero la verdad es que tampoco es tan abundante como para provocar ningún desastre. Aunque resulte difícil creerlo, tantos días de lluvia no están dando problemas, el agua va tranquilamente por su cauce y todos tan contentos. Es más, a la gente se la ve feliz porque se están llenando los pantanos.

—¡Qué raro! —Llegó a comentar él—. Yo hubiese jurado que con lo que estaba cayendo, se debía estar formando un sindió importante en el pueblo.

—Pues fíjate tú que no —atajó ella—. ¡Qué cosas!, ¿eh?

—Y no será... —y sostuvo en suspense la suposición durante unos instantes que mantuvieron en vilo a Flora—. ¿Y no será que no me quieres decir la verdad para no preocuparme aún más?

—No, no es eso —le respondió ella en mitad de un suspiro—, todo está bien de verdad. Y tú, en lugar de darle tantas vueltas a todo, lo que tienes que hacer es recuperarte lo antes posible y comprobar por ti mismo que todo va como la seda.

Él viró su cabeza para escamotearle su mirada, harto de escuchar siempre la misma cháchara, aquella con la que pretendía animarle, la misma que por el contrario solo lograba desmoronarle un poco más. ¡Como si él permaneciese enfermo a propósito!

—Es imposible que mejore mientras no escampe de una maldita vez —le replicó—, y tú lo sabes tan bien como yo. ¿Cómo crees que me voy a poder levantar cuando solo pensarlo me deja agotado? Primero tiene que dejar de llover, después puedo volver a ser el mismo de antes.

Un gesto de fastidio cruzó la cara de la mujer al recordar cómo eran las cosas cuando aún no había hecho aparición aquella lluvia milagrosa.

—Pues es una pena que no seamos creyentes, porque así de poco sirve que recemos para que salga el sol —sentenció ella a modo de colofón de una conversación que comenzaba a irritarla.

De similar manera solían concluir la mayoría de sus charlas esporádicas, charlas que él forzaba porque Flora parecía preferir el silencio entre ellos, sustituir cualquier sucedáneo de diálogo por el ruido de fondo de la música comercial que emanaba de la radio.

Después salía de la habitación para atender a lo que denominaba como sus quehaceres, así que la mayor parte del tiempo lo consumía en observar aquel incesante discurrir de agua, la lluvia que se estaba cebando con él con la virulencia de una maldición bíblica. El resto de la jornada lo invertía en maldecir a aquellos malditos locutores abonados a la radio-fórmula, capaces únicamente de enlazar una canción de moda tras otra, y torturarse con lo que su

mente enferma imaginaba que podía estar haciendo Flora mientras él no podía siquiera ponerse en pie.

Desde que siendo casi unos niños comenzaron su largo noviazgo, los celos habían supuesto la piedra angular que mantenía viva la relación entre ambos, el picante que tornaba más interesante un matrimonio que de lo contrario, a falta de hijos que lo afianzase, se hubiese venido abajo hacía muchos años. Sin embargo, lo que antaño no suponía más que un juego que salpimentaba su vida de pareja, basada en unas sospechas injustificadas que después desmentían en deliciosas veladas de sexo, ahora empezaba a convertirse en un auténtico tormento. Lo que antes era una mera diversión, ahora se perfilaba como una posibilidad real, un riesgo capaz de dinamitar su vida matrimonial, la misma que tanta felicidad había deparado a ambos.

En cierto modo, este era el principal motivo por el que no paraba de llamar a Flora a todas horas, no podía soportar que lo que antaño no era más que una simpática ficción, se estuviese materializando ahora, e imaginaba a su mujer en la habitación contigua a la suya siendo abrazada, besada, penetrada por otro hombre. Casi era capaz de verla a través del tabique que separaba ambos espacios, gozando como un animal en celo en brazos del vecino, un joven guapo y alto que a buen seguro era de su agrado. Sus gemidos reprimidos, mitigados en cualquier caso por la música que su mujer insistía en poner siempre a un volumen excesivo. Su cuerpo arañado, mordido, surcado por un sinfín de marcas que él ya no podía comprobar, puesto que Flora hacía eones que no dormía a su lado, bajo la excusa de que lo mejor para su bienestar era descansar lo más cómodo posible, y porque ya no poseía la energía precisa para forzarla a desnudarse ante él, con la finalidad de examinar cada centímetro de su piel, como hacía de cuando en cuando en el pasado como un divertimento más de lo que consideraba como “juego de los celos”.

—Ya voy. Ya voy —él la había estado llamando cada diez minutos desde hacía cerca de hora y media, y entre el primer “Flora” y el último, su voz había sufrido una metamorfosis gradual hacia el graznido colérico que anunciaba un malestar tan furibundo como inútil—. Desde luego, hijo, eres más impertinente que un dolor de muelas. ¿No te das cuenta de que no puedo pasarme todo el día pendiente de ti?

Toda la cólera acumulada durante este tiempo de gritos estériles se diluyó en la nada de su desvalimiento y la absoluta dependencia que ahora le unía a su mujer, el inmenso poder que —¡cómo había cambiado el cuento!— ella poseía sobre él.

—Es que me siento solo —rezongó él como única excusa, en lugar de la retahíla acusadora y plena de injurias con la que había planeado vapulearla.

—Pues mire usted qué pena. ¿Sabes qué te digo?, que si no quieres estar solo, ya sabes lo que tienes que hacer: te levantas y te vienes conmigo a la cocina, me ayudas a fregar los platos o a pelar ajos... o mejor, te pones a picar cebollas y así por lo menos lloras por una causa lógica —se detuvo en seco en medio de su arenga, la mirada de furia que la asaeteaba le hizo temer por un momento que hubiese ido demasiado lejos.

Harta de poner buena cara ante aquella situación insostenible, quizá hubiese despertado al dragón aletargado por la enfermedad, forzado una repentina recuperación en su marido que los devolviese a una relación de pareja donde él controlaba cada uno de sus movimientos. Sin embargo, aquellos ojos que durante unos instantes estuvieron inyectados en sangre, resultaron ser un espejismo, y pronto se licuaron en el llanto que tan habitual se había vuelto, y que reducía al hombre iracundo con el que se casó a un niño malcriado y antojadizo.

—¿Qué pasa —logró increparla de todas formas, echando mano del poco orgullo que todavía le quedaba intacto—, que hoy no ha venido a verte el vecino?

Flora frunció el ceño, extrañada de verdad por la pregunta. Acto seguido, su gesto pasó a reflejar una sincera preocupación por el estado mental del que, pese a todo, continuaba siendo su marido.

—¿Qué vecino?

—Tú sabes muy bien a quién me refiero, a ese que tan simpático te resulta, con el que tanto te ríes... —su argumento perdía fundamento bajo la fría mirada de Flora, que ya había caído en la cuenta del motivo que había suscitado semejante interés por la vecindad; para la última bravata, no obstante, sí consiguió cosechar el ímpetu suficiente—. Que puedo estar enfermo, ¡pero no ciego!

—No, si ya sé que la vista te funciona a la perfección. Durante los quince años de casados no me has quitado ojo de encima; me has vigilado como si fueras el mismísimo Gran Hermano: ¡el ojo que todo lo ve y todo lo controla! —El sosiego que imperaba en su voz divergía del sentimiento que imprimía a sus palabras—. Otra cosa que también te funciona a la perfección es la imaginación, ¿verdad? Seguro que el tiempo que estoy fuera de esta habitación, tú lo dedicas a pensar que me acuesto con este o coqueteo con aquel, ¿me equivoco?

Una legión de lágrimas desertó de los ojos del enfermo. Se sentía humillado y ridículo, la certeza de que Flora se estuviese follando con cualquier hombre o mujer de los alrededores, resultaba sencillamente estúpida cuando salía de las dimensiones de su cráneo para cobrar vida en una conversación.

—Lo siento, de verdad —gimoteó, rayando el patetismo—. Pero no te puedes imaginar lo que supone estar aquí tumbado todo el día, sin nadie con quien poder hablar. La cabeza se me llena de monstruos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Y para cuando me doy cuenta, ya creo como verdades las tonterías más gordas. Te juro que como no escampe pronto, voy a volverme loco.

El rictus fijado en el rostro de Flora no mostraba la más mínima comprensión, sus ojos miraban con odio al despojo en el que se había convertido su marido, y su sonrisa torcida no auguraba el más mínimo indicio de caridad hacia el enfermo.

—De acuerdo, pongamos que acepto como buena esa explicación para estos últimos cuatro meses. Pero algo tendrás que decir también del resto de tiempo que llevamos casados, supongo.

—¿Qué quieres decir? —Él ya no era más que un esbozo de sí mismo, a merced de Flora y sus censuras.

—Que desde que pasamos por el altar, o incluso desde antes, te has comportado como un híbrido que mezclara lo peor de un hermano mayor sumamente protector, un detective privado y un perro guardián. Me has acosado, hostigado y acusado sin razón alguna, hasta conseguir que mi vida social quedase anulada a la mínima expresión. Es decir, tu familia y la mía.

—Pero si se trataba solo de un juego —se intentó defender.

—¡Un juego! —A ella no se la veía dispuesta a dejarse amilanar por el triste espectáculo que ofrecía el otrora poderoso inquisidor—. Pues si te hubieses tomado la mitad de en serio la quiniela, a estas alturas seríamos muchimillonarios. Quince años soportando preguntas insidiosas sobre mis actos más inocentes, comentarios crueles sobre cualquiera que osara sonreírme, las vejaciones a las que me sometía para demostrarte mi fidelidad.

—¡Pero nunca te puse la mano encima! —Gritó, desesperado, rompiendo la monotonía de un llanto sin esperanza.

—¡Ja! —Su risa, única y rotunda, sonó como un trueno en la habitación y, como ocurre con este, un relámpago lo precedió centelleando en su mirada—. Solo hubiera faltado eso. Jamás te hubiera permitido que me pegaras, por más marido mío que fueras. Aunque reconozco que el hecho de no haberme levantado la mano te salva de ser un hijo de puta, lamento informarte de que no te convierte en el marido ideal. Resulta que durante estos meses en los que has estado convaleciente, me he dado cuenta de lo maravillosa que es la vida sin tu aliento humedeciéndome el cogote, sin tu eterna vigilancia, sin tener que medir cada uno de mis movimientos por temor a la interpretación que pudieras darle. Así que si bien es cierto

que jamás me has pegado, también es verdad que tu manera de maltratarme ha sido mucho más sutil. Pero no por eso ha dejado de ser un maltrato.

—No me hagas esto, Flora, por favor. No me puedes echar en cara esto ahora. Se trataba solo de un juego, un inocente juego —su voz no era más que el nexo de unión de un llanto incontenible, sonidos difícilmente inteligibles entre una serenata de gemidos, hipidos y mocos sorbidos.

Flora lo observó con ternura ajena, como si no conociese de nada a aquel individuo que, con sendos regueros en las vertientes de su nariz, parecía que pretendiese hacer sombra al incesante maná que continuaba fluyendo por el exterior de la ventana. Aun así, apelando al cariño que le tuvo una vez, decidió no seguir ahondando en sus reproches. Además, tampoco tenía ningún mérito defender sus argumentos frente a quien apenas podía hilvanar sus réplicas.

—Bueno, no pasa nada —dijo, pero lo hizo con tal acritud que no surtió el efecto deseado, su marido continuó con la cabeza hundida en la almohada, empapándola en lágrimas—. Te voy a bajar la persiana.

—¡No! —Alzó su cabeza, dejó incluso de llorar, la negativa se abrió paso entre todos sus males como si en ello le fuera la vida... acto seguido, se derrumbó nuevamente, como si hubiese recordado de pronto su condición—. No la cierres, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor...

—Está bien —le concedió con una mueca de fastidio, se lo repitió hasta tres veces más para intentar detener la salmodia con la que le rogaba que dejase tal como estaba la persiana. Cuando salió de la habitación, él continuaba pidiéndoselo “por favor”.

Desde luego es una contrariedad ese empeño suyo en no dejarme bajar la dichosa persiana, pensaba mientras se dirigía hacia la cocina, uno de los territorios reconquistados donde nadie la acechaba.

Miedo me da la factura de agua que me va a llegar este mes, meditó al tiempo que tomaba una cerveza de la nevera, antes de echarse cómodamente en el sofá a ver la tele.

Al final voy a tener que idear algún sistema para recoger el agua debajo de la dichosa ventana y hacerla recircular por la manguera, concluyó después de decidir que la televisión era un asco y poner la radio en su lugar, Algo así como el mecanismo que tienen las fuentes para no gastar tanto.